

LA ESPADA ESMERALDA

En busca del Libro de la Vida

Novela breve



Abel Carvajal

©1998, Abel Carvajal. Derechos de autor reservados. Ilustraciones por el autor.

<http://librosdeabelcarvajal.blogspot.com>

A la memoria de mi padre.

A las guerreras y guerreros invencibles.

En el año 1187 el sultán Saladino derrotó a los cristianos y se apoderó de Jerusalén. Se predicó la Tercera Cruzada (1189 - 1192) y unidos el emperador alemán Federico I "Barbarroja", Felipe II Augusto de Francia y Ricardo I "Corazón de León" de Inglaterra, conquistaron Jaffa y San Juan de Acre; firmando un tratado con Saladino por el que los peregrinos podían visitar libremente los lugares santos.

Nací en Normandía, pero aunque crecí en Inglaterra era normando de espíritu, de uno muy aventurero que siguió el camino de los cruzados, arengado por la pasión guerrera del rey Ricardo “Corazón de León” y un supuesto deber cristiano.

Luego de la conquista de Chipre por Ricardo, abandoné las filas del caballeresco rey inglés y viajé a la isla de Malta.

Me hallaba hastiado y confundido por tanta sangre en nombre de la Santa Cruz. Una fuerza extraña me condujo hasta aquella preciosa isla en el Mediterráneo, a un olvidado monasterio, en donde conocí a un personaje excepcional que cambiaría mi vida para siempre. Su nombre: Julián de Malturgia.

En aquel monje maltés, mayor que yo, encontré el consuelo y la paz que mi espíritu buscaba con desespero. Sus palabras y enseñanzas fueron el bálsamo que sanó mis heridas. Su vida sencilla, su actuar tranquilo y sereno bastaron para darme cuenta que no necesitaba mantenerme en pie de lucha empuñando una espada.

Ese fue precisamente el primer mensaje que recibí de él:

-Desarma tu corazón. Entierra tu espada, amigo normando, que contra la vida no se lucha porque siempre perderás. Ella, la vida, es un rival demasiado poderoso para cualquier ser, es más sabio tenerla de aliada. Así, que más bien síguela. Mantente atento a sus señales, la vida se observa y se escucha. Colabórale. “Tampoco caigas en el facilísimo de dejarte llevar por ella. Camina a la par, no permitas que te arrastre, porque más lento será tu avanzar y más magulladuras y heridas obtendrás cuando te lleve por los senderos tortuosos que a veces debemos recorrer.”

Con estas palabras me recibí, aquella noche en que toqué a la puerta de su monasterio en busca de refugio y alimento. Parecía que me esperaba, pues ya me tenían preparado un lugar en la mesa para la cena, junto a los otros diez monjes.

Oramos y comimos en silencio. Una frugal, pero exquisita cena que me supo a gloria angelical. En un ambiente en que se respiraba la paz y se disfrutaba de un encantador dulce aroma, el olor que deja el palo santo una vez se ha quemado. Estos trozos de madera, procedían del oriente, muchísimo más allá de las Tierras Santas, donde los hombres y mujeres son de piel amarilla y ojos rasgados, según él. Así mismo, una modesta pero cálida cama me tenían preparada. Los once monjes eran jóvenes, Julián que era el prior, pese a su gris barba no aparentaba tener más de cuarenta años. Todos vestían una túnica marrón con capucha y un lazo blanco atado a la cintura, por calzado usaban unas ligeras sandalias. No pertenecían a ninguna comunidad específica, podría decirse que se trataba de unos monjes independientes que se dedicaban al estudio de la Palabra de Jesús de Nazaret y a la fabricación del vino, un gustoso vino tinto que les aseguraba su manutención.

Había llegado allí con la intención de pasar sólo la noche. Permanecí poco más de dos años en aquel acogedor monasterio, no hice votos pero viví como ellos.

Dos años aprendiendo y meditando las enseñanzas de Julián de Malturgia y las de los demás monjes. Adquirí conocimientos que jamás imaginé aprendería: latín, griego, filosofía, geometría, matemáticas, historia y por supuesto, también le dediqué tiempo al estudio de las Sagradas Escrituras.

Un buen día, Julián me dijo:

-Las palabras de Jesús no han sido bien interpretadas, mucho menos bien enseñadas a los hombres. Tu llegada fue la primera señal que esperaba, anoche vi la segunda. Ya es hora de emprender el viaje.

No entendía a qué se refería y le solicité ser más explícito. Pero lo que logró fue confundirme aún más cuando agregó:

-Sí, soñé con el "Libro de la Vida". Debo partir en su búsqueda, así se me ha ordenado. También se me ha dicho que por el camino debo difundir el Mensaje del Nazareno, de la manera correcta. Tú me acompañarás, eres el guerrero enviado para proteger nuestra misión.

Así, fue como Julián y este servidor, en el año 1194 iniciamos un periplo por buena parte del mundo conocido de aquellos días.



Nos embarcamos hacia Salerno, ciudad del Reino de Sicilia. Llevábamos poco equipaje. “Hay que viajar lo más ligero posible, sólo con lo necesario y que quepa en un saco. Las manos deben estar siempre libres. Es igual que en la vida, hay que andar libre y ligero de equipaje, sin apegarse a nada ni a nadie para no llevar a costas cargas que sobran. Mientras menos cosas poseas más fácil será movilizarte, más libre serás.” Dijo Julián cuando me observaba alistar mi saco.

De modo que sólo llevaba dos mudas de ropa, una puesta y otra para el cambio, una manta, un abrigo de piel, el calzado, mi espada, un arco, flechas y mi jabalina. Parecía más bien un cazador, pues ya no debía vestirme con la cota de mallas ni el vestido de cruzado, tampoco como monje porque no lo era.

Julián, sólo llevaba su hábito marrón puesto y otro en su saco, una manta y un abrigo. Además vi que guardó unas pequeñas bolsas de cuero cuyo contenido ignoraba.

Me recomendó fijar mi espada en la vaina cruzada contra mi espalda, de modo que la pudiera empuñar con sólo levantar mi mano derecha sobre el mismo hombro, y no a la manera normanda, en la cintura a mi izquierda. Argumentando que así recordaría que era únicamente para utilizarla en caso de defensa propia o del prójimo y no para agredir o amedrentar.

La comunidad cristiana de Salerno nos acogió con generosidad, festejo incluido. No había duda que éste era un monje conocido y respetado allí. Nos alojamos en la casa de un próspero comerciante, quien nos atendió como a príncipes.

Había planeado Julián que allí pernootáramos por tres días, pero permanecemos quince. La gente acudía en masa a la casa. Unos a pedir consejo, otros a solicitar su mediación en disputas, otros a solicitar la sanación o cura para

alguna enfermedad, hasta presencié cómo expulsó demonios de algunos. Descubrí la razón de su fama: mi amigo era uno de esos monjes que realizaban milagros. Cuando le pregunté cómo lograba aquello, apenas respondió:

-No soy yo, son ellos mismos quienes se sanan. Yo nada más soy el medio, pero es su fe la fuerza que logra lo que anhelan. Si tú quieres derribar un árbol y no tienes confianza en tu hacha no podrás hacerlo, pero si no dudas de su dureza ni de su filo pronto lo derribarás. Yo soy para ellos esa hacha.

En tres ocasiones distintas tratamos de partir, pero algún inconveniente se presentaba: que una tormenta, que estalló una guerra en la frontera, que una niña agonizaba y pedían la ayuda de Julián. Mas el monje nunca se disgustaba. Incluso la tercera vez que se frustró la partida refunfuñé y él me amonestó:

-No te impacientes amigo mío. ¿Qué te dije sobre colaborarle a la vida? ¿No ves que son señales, impedimentos para nuestro bien? La vida nos protege. Simplemente no nos facilita la salida porque no nos conviene.

“Si la forzamos, saliendo bajo la tormenta sería posible que nos extraviáramos o cayéramos enfermos. O si nos obstinamos o partimos a pesar de la guerra en la frontera, podríamos salir heridos o ser hechos prisioneros. Aprende a entender las señales que la vida te da.”

El padre de la niña, a la que Julián prácticamente revivió, en agradecimiento nos obsequió dos robustos caballos con sus arreos y monturas para proseguir nuestro viaje.

-Le colaboramos a la vida obedeciéndola y al hacerlo nos compensó – exclamé-. O también pienso, que la vida quería facilitarnos el viaje y, al enfermar la niña y retrasar nuestra partida por tercera vez, nos daría las cabalgaduras que necesitábamos.

-Muy bien, Normando. Estás comprendiendo. La vida es simple, somos nosotros quienes nos la complicamos. Sólo hay que estar atento a las señales... y seguirlas, claro está.

-Si nos hubiéramos opuesto a ella y a pesar de todo partimos –continué-, todavía andaríamos a pie, con fatiga y lentitud, y quién sabe en qué líos. El tiempo que aparentemente perdimos lo recuperamos con la velocidad que nos aportarían los caballos.

Julián me palmeó la espalda dando a entender que estaba de acuerdo.

La víspera de la partida definitiva, el monje fue invitado a una iglesia, y ante una gran cantidad de feligreses habló sobre las enseñanzas de Jesús de Nazaret.

Él hacía énfasis en que no eran las obras ni milagros o la vida del Maestro lo importante, sino sus enseñanzas. Los milagros sólo eran el aval ante los incrédulos de que lo dicho por Él tenía procedencia Divina.

-No se preocupen tanto por saber quién era o cómo vivía Jesús, no, eso no es lo importante. Presten más atención a sus parábolas y a sus palabras, traten de entender el mensaje detrás de éstas, cosa que no es fácil si se lo dejan a la razón; comprenderán mejor si las leen o escuchan con el corazón.

Julián también les daba ejemplos:

-Cuando el Maestro decía “dejad todo y seguidme”, no se refería propiamente a abandonar sus familias o bienes. Quería decir que dejen el apego a las personas que aman y a las cosas que poseen, que no se aferren a nada ni a nadie, que sean como Él, libres de ataduras a este mundo. Que vivan como Él, disfrutando cada día de la vida, con lo que ésta les obsequia, desde la sonrisa de un niño o el canto de un pájaro hasta la puesta del sol o la belleza de una flor.

“Seguirlo a Él, es seguirse a sí mismo, es seguir el dictado de nuestro corazón, es seguir nuestra esencia, es seguir las cosas buenas que somos capaces como dar bondad o amor. Dar sin esperar nada a cambio.

“Seguirlo a Él, es dejar de lado la codicia, la ambición de poseer, la de ser admirado, la de ser poderoso... Todo esto es vano. El Reino de los Cielos no es otra cosa distinta que la felicidad, la plenitud, la armonía y la paz en esta vida. Sí, aquí y ahora.

“Cuando Él le dijo a Nicodemo que ‘nadie puede ver el Reino de Dios sino nace de nuevo, de arriba’, ¿a qué creen que se refería? No es ningún misterio ni se refería a otra vida. No, simplemente quiere decir que debemos dejar de lado todo lo que pensamos, deseamos y anhelamos como adultos. Que hay que sacar de nosotros el materialismo, las apariencias, las emociones negativas como la codicia, la envidia, el odio y el egoísmo.

“Que hay que ser como un niño recién nacido quien no ha adquirido esas malas costumbres, quien todavía no ha formado un ego, quien no conoce el orgullo, ni nada de lo que les amarga la vida a los adultos.

“El Reino de Dios está aquí, basta con mirar a los lados, arriba o abajo. Ver el maravilloso mundo que nos rodea: las montañas, los ríos, los árboles, las nubes, los animales, el sol, las estaciones, la luna... Todo, incluso nosotros mismos hacemos parte del Reino de Dios...”

Julián trataba de ser diáfano y al tiempo infundir entusiasmo, aunque también se cuidaba de no atacar los errores de la Iglesia, no quería entrar en disputas inútiles o ganarse enemigos gratuitos. Además, él pertenecía a la misma.

Así como a Jesús los fariseos lo probaban, algunos sacerdotes ortodoxos y cerrados de pensamiento trataban de encontrar aberraciones o contradicciones en los discursos del monje. Pero él evitaba la confrontación con sutileza.

Finalmente, esa mañana partimos sin más dificultades rumbo a Roma, el mismísimo centro de la cristiandad. No obstante algo ocurriría en el trayecto, algo insospechado que me dejaría perplejo.

Después de varios días de cabalgar sin apuros, pasando algunas noches al aire libre y otras en posadas del camino o en las casas de gentiles campesinos, nos aproximamos a Roma.

Desde hacía once años el emperador Federico I “Barbarroja” había reconocido los Estados Pontificios.

De repente un halcón gris pasó volando sobre nuestras cabezas asustando a mi caballo, que parándose bruscamente en su tren posterior me derribó. De algún modo Julián logró calmarlo. Me reincorporé sacudiendo el polvo de mi ropa. Al intentar exclamar unas palabras al respecto, Julián me hizo señas para que guardara silencio y mirara hacia el horizonte frente a nosotros:

Unos seis hombres, no muy lejos, apaleaban salvajemente a otro.

-¡Vamos! -gritó al tiempo que se lanzaba en dirección a ellos en su caballo a todo galope.

Monté. Apenas lo alcancé le pregunté:

-¿Estás de acuerdo con que utilice mi espada?

-Claro, amigo mío. El uso de la espada se justifica tanto para la defensa propia como para defender a otros. A veces no queda otro camino... ¡Oigan, déjenlo en paz!

Ya estábamos casi encima de los truhanes.

Éstos al vernos nos lanzaron improperios mientras nos mostraban de un modo agresivo sus cuchillos y sus garrotes, tratando de disuadirnos.

-Deja. Les enseñaré lo que siente la carne cuando es cortada por el filo de una espada normanda -grité al monje.

-Son demasiados, necesitarás ayuda -repuso.

Para mi sorpresa, de su espalda desenvainó una rara espada, la que yo en algún momento pensé se trataba de un bastón tallado, y que blandía con la velocidad de un rayo y la destreza de un entrenado caballero.

La lucha, pese a que en número les era ventajosa, no era fácil para ellos seis, pues descubrimos que montábamos briosos corceles entrenados para la batalla.

Quedaban todavía cuatro granujas en pie. Ciertamente recibimos dolorosos golpes y una que otra cortada en las piernas. El hombre que aporreaban yacía muerto o inconsciente.

De entre los matorrales salieron más bandidos armados en ayuda de sus cómplices. Al verlos Julián exclamó:

-¡Necesitamos ayuda y pronto!

-¿De dónde? -Cuestioné.

-¡Ya verás!

No había terminado de responderme cuando el halcón gris, emitiendo un espeluznante chillido, se lanzó con sus garras contra los ojos de un atacante que gritó de dolor. El ave rapaz, se abalanzó contra un segundo par de ojos con igual eficacia.

No sé cuándo ni de dónde salió, pero vi las centelleadas de la mandíbula de un inmenso lobo sobre otro par de agresores que trataban de sorprenderme por la

espalda. Las espadas, más las garras, más los colmillos, fueron suficiente para disuadir a los bandidos, a los pocos que aún permanecían de pie, de que debían huir.

Rápidamente montamos el cuerpo del hombre apaleado sobre el caballo de Julián y nos retiramos a todo galope. No queríamos arriesgarnos a que los bandidos regresaran con apoyo.

Después de un largo rato de galopar por entre la campiña decidimos descansar en un claro. El lobo y el halcón nos habían seguido, los que con un gesto de mi barbilla mostré al monje.

-Tranquilo -me dijo. Son amigos, no nos harán daño.

El pobre hombre apaleado todavía estaba vivo. Recobró el conocimiento. Julián extrajo cierta pócima que dio al hombre que luego pasó con agua. De inmediato cayó en un sueño profundo.

No sabía yo qué preguntar primero, si sobre lo que le había suministrado al hombre o sobre el misterioso lobo y el halcón. Me decidí por los animales.

Julián sólo dijo que pidió auxilio a las criaturas del bosque y estas dos fueron las que acudieron. De hecho, explicó, el halcón fue quien nos avisó del ataque porque quería ayudar a ése hombre.

-¿Acaso el halcón es su mascota o algo así? -Pregunté.

-No. Es un ave libre, pero es sabia y justa. El hombre pedía auxilio y ella quería brindarle su ayuda, buscó con desespero hasta que nos vio aproximarnos y...

-¿Oye, cómo sabes todo eso? -Interrumpí incrédulo.

-El halcón me lo dijo -me respondió como si fuera lo más natural del mundo.

Dudé, pero me arriesgué a pasar por tonto:

-¿Tratas de decirme que hablas con los animales?

-No exactamente. Más bien los entiendo. Tú también podrías comunicarte con ellos, pero no con palabras ni con tu mente, sino con tu corazón.

Miré al lobo, que se había echado a mi lado, demasiado cerca para mi tranquilidad.

-Observa. Se nota que le caíste bien -rió un poco. Continuó:- Míralo fijamente a los ojos, trata de comunicarte con él, que tu corazón escuche al suyo. Vacilé.

-¡Anda, vamos! -me incitó.

Miré al salvaje cuadrúpedo con resquemor, aunque amaba a los perros, éste no era precisamente un perro. El lobo levantó la cabeza y también me miró a los ojos. Tragué saliva.

-Vamos, no tengas miedo -dijo de nuevo el monje como si se divirtiera con la escena.

Por unos instantes creí sentir algo. El lobo acercándose lentamente me lamió la cara.

-¡Gaps!... -exclamé escupiendo.

Julián rió tan desafortunadamente que terminó por contagiarme la risa.

-Tendrás que practicar más -agregó con jocosidad.

Oscureció. Encendimos una hoguera. El hombre despertó y cuando le narramos lo sucedido él nos contó que era recaudador de diezmos del Papa y que fue asaltado por los bandidos, quienes no sintiéndose satisfechos con el botín comenzaron a golpearlo...

Nos invitó a su casa en Roma, con lobo y halcón.

De camino a la ciudad pontificia, murmuré a los oídos de Julián:

-Así que hablas con los animales, manejas la espada como un diestro caballero y sanas a los moribundos con pociones mágicas. ¿Qué más cosas sabes hacer? ¿Por qué presiento que antes de tu vida monástica hay una muy interesante historia?

Me miró de soslayo y se limitó a sonreír. Al rato murmuró:

-El pasado se debe quedar en el pasado, sólo hay que vivir el presente.

A partir de aquél día, el lobo no se separaría nunca más de mi lado. Mientras el halcón se posesionó del hombro izquierdo de Julián.

Desde una cima en el camino divisamos la Ciudad Eterna.

-¡Qué bella se ve! -susurré.

-Lo que se muestra bello por fuera puede ser feo por dentro -replicó el recaudador de diezmos, quien iba al anca de mi corcel.

-Cierto es -aprobó Julián-. Ahora, a buscar el "Libro de la Vida" -dijo esto último en dialecto maltés para que nuestro futuro anfitrión, con quien hablábamos en latín, no entendiera.

-¿Lo encontrarás en Roma? -pregunté.

-No lo sé. Allá lo sabré.

-¿Pedir ayuda a las criaturas del bosque? ¡Un lobo por estos rumbos! Tenía entendido que se encontraban mucho más al norte -reflexionaba aún en lo sucedido.

-Mira -me dijo el monje señalando al cuadrúpedo-. ¿Qué animal parece ser?

-Pues un lobo.

-Entonces es un lobo. Tiene pelambre de lobo, colmillos de lobo, cola de lobo, huele a lobo. ¡Es un lobo! ¿Acaso no te basta con ver para creer? Cómo es de difícil para la mayoría de los hombres tener fe, cuando ni siquiera creen en lo que ven.

-¡Romanos, por qué se preocupan tanto por pedir bienes y favores a Dios! – Hablaba así Julián de Malturgia un sábado a la gente congregada en una de las iglesias de Roma-. Piden y piden, más y más cosas. Nunca satisfacen ese apetito voraz por poseer, por recibir, como si fueran merecedores del mundo entero. Confórmense y den gracias al Padre por lo que han recibido, porque sólo eso han merecido.

“Confíen en el Padre, no pidan nada a Él. Tengan fe en que le dará siempre lo mejor a cada uno de ustedes, pues lo que es bueno para uno tal vez no sea bueno para el otro. Cada quien recibirá lo que necesita, para su aprendizaje, para su evolución.

“Recuerden que Jesús decía que no nos preocupáramos por poseer bienes y dinero en este mundo, donde la polilla y los ladrones darían cuenta de ellos. También decía que el Espíritu es quien da la vida, la carne no sirve de nada...”

-Sí, pero también dijo: “Quien pida al Padre en mi nombre El se lo concederá” –interrumpió un anciano monje benedictino.

-El es un padre. Mejor todavía, el Padre Divino, por eso está siempre dispuesto a obsequiar a sus hijos lo que desean. Pese a que con frecuencia eso que deseamos, El sabe, no nos conviene, y así, El nos lo concede. Por eso Jesús cuando enseñó el Padre Nuestro, en la cuarta frase lo mencionó: “...y hágase tu Voluntad aquí en la tierra como en el cielo...”

“Es que debemos –continuó– preferir aceptar la Voluntad Divina que pedir para nosotros lo que creemos es lo mejor. ¿O acaso pensamos que el Dios Padre nos ha olvidado? ¿Puede alguno de ustedes olvidar a uno de sus hijos, o si sabe que uno de los suyos está necesitado no tratará de ayudarlo? ¿Entonces, por qué no confiar en El que es Todo Poderoso?

-¿Insinúas entonces, que nunca debemos pedir nada a Dios? –preguntó una mujer.

Julián respondió así:

-Un pobre artesano y su esposa tenían una hija, una niña a quien amaban mucho. La niña cierta vez vio una muñeca grande que tenía una amiguita, pidió le compraran otra igual. Pero su padre le dijo que no, ya que era muy costosa. Sin embargo la niña insistía día tras día que le regalara la muñeca. Lloró y rogó tanto que su padre se conmovió, fue al mercado y se la compró. La niña estaba feliz con su muñeca hasta que escuchó a su padre decirle a la madre: “Me pidió tanto la muñeca, que decidí comprarla con el dinero que estaba ahorrando para obsequiarle un caballo en la Navidad. Ya sabes cómo ella siempre había soñado con tener un caballo, pero ahora no se lo podré comprar”.

Se escuchó un murmullo de aprobación entre los asistentes. Julián continuó:

-Jesús de Nazaret dijo: “Eviten con gran cuidado toda clase de codicia, porque aunque uno lo tenga todo, no son sus pertenencias la que le dan la vida”. Recuerden la parábola al respecto: “Había un hombre rico al que sus tierras le habían producido mucho. Se decía a sí mismo: ‘¿Qué haré? Porque ya no tengo dónde guardar mis cosechas’. Entonces pensó en construir graneros más grandes

para guardar sus trigos y sus reservas, para después descansar, comer, beber y pasarla bien. Pero Dios le dijo: "Tonto, esta misma noche te van a pedir tu vida, ¿quién se quedará con lo que amontonaste?"

-Pero, maestro Julián -dijo un reconocido mercader-. Somos de carne y huesos, necesitamos asegurarnos el pan, el vestido y el techo para nosotros y nuestras familias.

-Jesús dijo también: "No se preocupen por la vida, pensando: ¿qué vamos a comer? No se inquieten por el cuerpo: ¿con qué nos vamos a vestir? Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Miren las aves: no siembran ni cosechan, no tienen despensa ni granero, y, sin embargo, Dios las alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las aves!

"Miren los lirios, que no hilan ni tejen. Pues bien, yo les declaro que ni el mismo Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de esos lirios. Y si Dios en el campo da tan lindo vestido a la hierba que hoy florece y mañana se echará al fuego, cuánto más hará por ustedes, gente de poca fe.

"No estén siempre pendientes de lo que comerán; no se atormenten. Los que viven para el presente mundo se preocupan por todas esas cosas. Ustedes en cambio, piensen que su padre sabe lo que necesitan. Por lo tanto trabajen por su Reino, y El les dará todas estas cosas por añadidura".

Terminó de citar el Evangelio e hizo una larga pausa.

Los asistentes empezaron a discutir en voz baja entre sí. Unos estaban de acuerdo su predicación pero otros no.

El mismo mercader replicó:

-¿Entonces no debemos hacer nada, quedarnos con los brazos cruzados y esperar el alimento?

-No, no es eso lo que Jesús quiso decir. Recuerden la parábola de los talentos, cómo el amo maldijo al siervo al que sólo le había confiado un talento y lo enterró... Dios nos ha dado a cada uno de nosotros eso precisamente: talentos. A unos más que a otros, pero eso no debe importarnos, El sabrá por qué los distribuyó así. Tu, tal vez tienes el talento para comerciar, otros en cambio, para labrar, otros hombres para pastorear, otros para curar, otros para gobernar; hasta para luchar y para la guerra se requiere talento.

"Ahora, si el talento está dado, no debemos preocuparnos por el cómo conseguir el pan y el vestido, sólo hay que confiar en que ese mismo talento con que Dios nos ha dotado nos facilitará las cosas. Confiar en Dios, es tener fe en nosotros mismos. Es por eso que a Dios hay que buscarlo en nuestro corazón, en nuestro interior, no afuera.

"Luego, debemos encontrar cuáles son nuestros talentos y habilidades. Si sólo es uno entonces utilizar ese único, multiplicarlo para entregarle más cuando El nos pida cuentas. Pero oigan bien, lo importante es multiplicar nuestros talentos, no nuestros bienes, éstos se multiplicarán por añadidura.

"Si sus talentos los cultivan cada día más, serán mejor en lo que hacen y los demás buscarán en ustedes esos mismos talentos. Entonces, no les faltará el

sustento, no podrá faltarles. Por eso cuando decidimos un oficio o un arte, debemos escuchar primero nuestro corazón, seguir nuestra esencia y no preocuparnos si nos dará para comer o sobrevivir. Además, el que sigue su esencia hace lo que le gusta, y el que hace lo que le agrada vive pleno, es feliz. Eso es trabajar por su Reino, el de ustedes; Dios quiere que trabajen por el de Él, pues el de ustedes es el de Él”.

-Sí. Por eso a la entrada del Oráculo de Delfos, en la Grecia antigua, estaba escrito: “Conócete a ti mismo” -agregó un marinero.

-Cierto es -afirmó Julián, señalando a aquél.

Un sacerdote se acercó a Julián, le susurró unas palabras al oído y le entregó un pequeño pergamino.

Después de leerlo el monje dio las gracias a los asistentes y nos retiramos en compañía del cura por entre la sacristía.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-Amigo Normando, prepárate. Tendremos hoy un interesante encuentro.

El salón era grande mas no tan pomposo como lo había imaginado. Nos sentamos los tres en silencio. Julián en el centro, el sacerdote a su derecha y yo a su izquierda. Las robustas sillas de madera y cuero, tenían un espaldar muy largo, moverlas no era cosa fácil.

De pronto la gran puerta se abrió y otro sacerdote joven apareció anunciando con voz ceremoniosa a Celestino III, Su Santidad el Papa. La cabeza me dio vueltas, no sé si por la tremenda ansiedad que tenía o porque no dejaba de preguntarme ¿qué diablos...? (¡Perdón!), ¿qué está haciendo un guerrero normando, un cruzado, en el mismísimo recinto papal con un monje y un cura?

El anciano Papa inclinó la cabeza en señal de saludo y extendió su diestra ¡a mi primero!, creí desmayarme, ¿qué se suponía que debía hacer?, pues hice lo que no debía: le extendí la mía y le di un fuerte apretón de manos. Todos me miraron como si hubiera cometido un sacrilegio. "¡Oh, no!", recordé demasiado tarde, que debía haberle besado su bendita sortija.

El buen Papa decidió romper la pesadez de la situación y palmeándome el hombro izquierdo me dijo:

-Me han dicho que eres un valiente cruzado que luchó junto a mi querido Ricardo, y que eres un normando muy hábil con la jabalina.

Me sorprendió el que estuviera tan informado de un hombre sin títulos nobiliarios, ni riquezas, sin fama ni gloria, como yo. Apenas pude balbucear:

-Eh... bueno... no es cierto. O sí lo es, pero no tanto. Sólo fui un soldado más que combatió contra el invasor de las Tierras Santas.

Para mi descanso, Julián acudió a mi rescate:

-Indudablemente es un guerrero que le hace honor a Normandía, no sólo por su habilidad en el manejo de las armas sino también por su aplicación a los estudios. Permítame decirle, Su Santidad, que él ha sido uno de mis discípulos más destacados en el estudio de las lenguas latina y griega.

-Eso noto, por su buen latín -replicó el Papa. Acercándose ahora a Julián, le extendió su mano, quien sí se la besó al igual que el cura-. Siéntense, por favor.

La cortesía y el tono suave de voz correspondía muy bien al personaje que representaba: el supremo administrador del Reino de Dios en la Tierra.

Yo pensaba en si mis padres me lo hubieran creído. Recordé cuando mi hermano no me creyó el día que le comuniqué que el rey Ricardo me eligió en persona como miembro de su Guardia Real.

Después del riguroso intercambio de preguntas triviales sobre la vida de Julián, el monasterio, la isla de Malta y Salerno, el Papa fue al grano:

-Se preguntarán, mi querido Julián y mi valiente Normando, por qué los he llamado -ambos asentimos con nuestras cabezas. Continuó:- Seré breve, les diré que necesito de ustedes un favor -hizo una pausa esperando nuestra reacción. Como ni pestañeamos, prosiguió:- Quiero encomendarles una importante misión. Una misión secreta que puede en algún momento dado, si la aceptan, poner en peligro sus vidas.

Julián, sin tomarse la molestia de consultarme al menos con la mirada, respondió por los dos:

-Si es por una buena causa a los ojos del Dios Padre, como suponemos lo es, entonces la aceptamos.

Moví afirmativamente mi cabeza en señal de acuerdo, mientras no dejaba de preguntarme qué cuernos estaba haciendo allí.

Transcurrieron casi ocho meses desde nuestra salida de Roma, sin acontecimientos que merezcan narrarse.

Como de costumbre, andábamos sin prisa, deteniéndonos hasta por dos semanas en algunas aldeas y ciudades. Debíamos mantener la apariencia de un monje evangelizador y de un loco trotamundos (ése representaba yo). Nadie debía sospechar que estábamos en una misión secreta enviados por uno de los dos hombres más importantes del Sacro Imperio Romano-Germánico.

Aunque más bien creo que a Julián al verlo con ese halcón sobre su hombro debían tomarlo por brujo, y a mí con un lobo salvaje, por loco de atar. No obstante, para ser sincero, desde que el cuadrúpedo me acompañaba dormía más tranquilo, en especial aquellas noches que pasábamos a la intemperie. Supongo que a más de un bandido de caminos mi peludo amigo disuadió de sus malas intenciones.

Durante este tiempo recorrimos Lombardía, Borgoña y Suabia. Ahora nos encontrábamos cruzando el límite entre Franconia y Sajonia. Pero algo me decía que se avecinaban problemas, presentía que en Sajonia las cosas se pondrían grises, como se ponía el cielo en esta época de invierno.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

